

Bajamos á tierra: nos alojamos en una casa medianamente amueblada, en la cual parecía gobernar como dueño mi nuevo amo. Vivíanla una señora como de treinta y seis años de edad, y dos hijas suyas. La mayor tendría quince, y la menor doce.

¡¡¡Mujeres funestas, que después han ejercido en mi vida tan fatal influjo!!!

LA CARTERA DE REGINO

Tercera Parte.

¡Singular es la condición de la criatura! Cuando el bien aparece á sus ojos, rara vez se figura que el mal viene, ó puede venir en pos, si es que no esté, como sucede frecuentemente, encubierto allí mismo bajo de una exterioridad falsa de bondad y de belleza. Soy joven, muy joven aún, y no me atrevo á lisonjearme de mi experiencia en las cosas del mundo, en los extravíos del entendimiento, y flaquezas del corazón. Sin embargo, he recibido tantas y tan numerosas lecciones, que me creo con derecho para aventurar algunas quejas contra la vida, mejor dicho, contra los hombres. Corta es mi edad: larga, funesta y horrible la serie de los sucesos, de que se encuentra sembrada. Unas veces representando un papel importante, otras teniendo muy pequeña parte, y otras, en fin, siendo un simple espectador, mas de un drama formidable y atroz se ha desarrollado y terminado en presencia mía. ¡Bendita sea

la misericordia del Señor, porque jamás he dejado de experimentar remordimientos, después de un crimen cometido! En vano las pasiones desatadas y enfurecidas han gritado con más fuerza y vehemencia, que la religión: en vano he hecho firme propósito de no escuchar esa voz interior, y, arrojándome en un piélago, en un abismo de crímenes, he jurado sobreponerme á todo, y dominar, con altivez, sobre la razón y sobre ese juez inexorable que llevamos dentro de nosotros mismos. No: nunca he podido lograrlo, á pesar de mis redoblados esfuerzos. Este torcedor que antes me había sido tan insoportable, y contra el cual he luchado obstinadamente, es hoy mi salvaguardia y mi único refugio. Sí: he llegado á convencerme, aunque un poco tardíamente, que si me salvé del peligro, lo debo á la voz de mi conciencia. Porque el idioma de la conciencia, es el idioma de Dios. ¡Miserable de mí, si avezado como estuve al crimen, éste hubiera llegado á ser una necesidad de mi vida, una necesidad identificada con mi existencia! Sumido luego en este hospital que infunde pavor, perdida la esperanza de salir de él, lanzado y proscrito de la sociedad, esquivado de todo el género humano, y no ciertamente por temor al contagio que pudiese ocasionar el vicio infame, sino porque mis frágiles miem-

bros se han contraído y cubierto de una inmunda y repugnante lepra; no me habría quedado otro arbitrio que el suicidio, y tras él.... la muerte eterna, si felizmente ese joven incomparable, virtuoso y á la vez desgraciado como yo, no hubiese acudido en mi auxilio. ¡Oh poderoso Dios! ¿Cómo negar tu bondad y tu misericordia? Relegado al desprecio público, agobiado bajo el peso de tantos crímenes, sin padres, sin parientes ni amigos, sin una sola alma piadosa que se doliese de mí, lejos de mi patria adorada, arrastrado por la fuerza y la violencia á estos lugares funestos, en donde viendo desgarrarse mis miembros á influjo de tan maligna dolencia, tendré que presenciar diariamente el horrible espectáculo de un hospital de lazarenos... ¿qué hubiera sido de mí, si ese Antonio no hubiera fortificado mi espíritu, levantándome del profundo abatimiento en que yacía, y guiándome al través de un mundo nuevo, que hasta entonces me era desconocido!! Para él escribo estas tristes memorias; y aunque es virtuoso y rígido en su moral, aunque es joven, ¡ah!, yo confío en su buen corazón. Se dolerá de mí, deplorará mis extravíos; pero no me los echará en cara para humillarme, aunque harto lo merezco. Voy á presentarme ante él como si fuera mi juez.... Sí: sólo Antonio puede juzgar-

me: rehusó y detestó el juicio de los demás hombres, porque ellos se han obstinado en no querer comprenderme. Si yo he sido malo, de ellos y no mía es la culpa.

Desde los primeros momentos de mi trato y relaciones con la señora y las dos niñas, comprendí que era aquella casa una nueva escuela que me estaba preparada allá en los decretos misteriosos del destino. Bella y arrogante fisonomía; maneras desenvueltas: talento y habilidad poco comunes en su sexo: locución dulce, florida y abundante. Tal era la madre. Las hijas imitaban perfectamente el modelo que tenían á la vista. Sin embargo, en el fondo existía una notable diferencia entre la una y la otra. Carlota, la mayor, poseía un corazón de fiera: Refugio, por el contrario, era dulce y apacible. Ambas estaban colocadas en un sendero peligroso de inmoralidad y desorden, que, al fin, recorrieron en toda su extensión, guiadas por el depravado ejemplo de la madre, mujer sensual y voluptuosa, que se había olvidado de sus deberes más sagrados, para echarse en los brazos del capitán Frasquito, mucho más joven que ella, pero con el cual había simpatizado por más de un motivo. Frasquito era, no hay duda, un hombre de hermosa y seductora figura. Sus miradas fascinaban, y sus modales atraían,

cuando quería insinuarse en el ánimo de cualquiera. Pero era, de ordinario, arrebatado, feroz, sanguinario y dado á la embriaguez. Ignorábase su origen; y su carrera y aventuras sólo eran conocidas del contra-maestre de la "Invisible." Si Da. Esperanza, tal era el nombre de su manceba, no amaba en él sino el placer, yo puedo asegurar que, en este punto, estaba perfectamente correspondida, porque Frasquito la aborrecía mortalmente, y su intención, manteniendo estas relaciones, era la de seducir y corromper á las hijas. Esa desventurada no podía quejarse, porque la mujer que deja de ser virtuosa, y, loca ó malvada, permite ser envuelta en el torbellino de sus pasiones, está expuesta á ser burlada y vilipendiada, sin que á la infeliz le sea lícito reprochar á los otros y echarles en rostro su conducta. ¿Con qué títulos lo haría? La sociedad, si se quiere, bien podrá ser injusta en este punto, como lo es en otros muchos. Pero ¿á quién es dado invertir el orden establecido? ¿Será á los filósofos y declamadores contra los errores del género humano? ¿Esfuerzos vanos é impotentes, que se estrellan contra los hábitos, ó las preocupaciones, si así place!

El capitán me equipó muy decentemente para presentarme en aquella casa. Cuando entramos en ella, madre é hijas hacían labor en una sala pequeña y bien

amueblada. Mientras recibía Frasquito los reiterados ósculos de las niñas, y el saludo lánguido, melancólico y lleno de reconvención de la madre, yo me mantuve en la puerta, esperando mi vez de presentarme. Refugio me vió, y lanzando un grito de alegría, en que mostró tanta inocencia como viveza, corrió hacia mí con los brazos abiertos. Vacilé un momento... estrechéla, al fin: no sabré decir hoy sí con la misma inocencia y candor de que ella aparecía poseída. Carlota mostró enfadarse: el capitán y Doña Esperanza sonrieron maliciosamente; y Refugio y yo quedamos cortados.

—¡Eh! ven acá, díjome Frasquito, ven á ofrecer tu buena voluntad á estas señoras, que tendrán mucho gusto en concerte.

Acerquéme un poco aturdido, haciendo dos ó tres cortesías torpes y mal dirigidas. El capitán continuó.

—Este es un niño, señora, cuya educación me ha sido confiada. Es hijo de un coronel valiente y generoso, quien pasando de servicio á la América, en donde hoy se están rompiendo las cabezas en la guerra de independencia, no ha sabido hacer otra cosa mejor, que entregarme al muchacho, á fin de saacr todo el provecho posible de su habilidad y talento. Tráigomelo, pues, á Málaga, y más ade-

lante le enseñaré el pilotaje, conforme á la intención de su padre.

Yo estaba un poco desconcertado oyéndolo mentir con tal sangre fría y serenidad; pero no me atreví á interrumpir su relato, y dejé que se explicase del modo que le pareciese mejor, resuelto siempre á aceptar el papel que quisiese encomendarme. Tan lejos de disgustarme semejante ficción, al contrario, me halagaba extraordinariamente. Prosiguió, pues, en su novela.

—Mi amigo el coronel, que muy feliz viaje haga en estación tan diabólica, ha depositado en mis manos una buena suma de reales para el efecto; y yo estoy en la firme resolución de no abusar de su confianza en lo más mínimo. ¿Me explico? Así es que desde hoy mismo le proveeremos de un buen maestro; y espero, mi señora Doña Esperanza, que usted querrá acoger bajo su protección y amparo á este caballerito, para quien la edad harto madura de usted será un título respetable de seguridad y de confianza.

El rostro de Doña Esperanza se bañó visiblemente de una palidez mortal: mordióse los labios de rabia, y sus ojos brillaron de un modo que me causó pavor y alarma. Pero este arrebató fué momentáneo; al punto recobró su aplomo, y haciéndome una graciosa inclinación de

cabeza, respondió dulcemente al capitán.

—Enhorabuena, Frasquito: tú mandas aquí, y puedes hacer lo que mejor te plazca. Este niño, cuya fisonomía es tan viva é insinuante, bien puede permanecer en esta casa, como en la suya propia. Yo ofrezco servirle de madre, si es que acepta este título de amor y benevolencia.

Bajé los ojos, y dile las gracias como mejor supe. Refugio se regocijó infinito: Carlota, aunque con fría gravedad, díjome algunas palabras corteses.

Poco después me retiré á una pequeña habitación que me destinaron.

Desde aquel momento, cada uno de los personajes de este fatal drama, me destinó á servir á sus miras.

Doña Esperanza tenía celos de Frasquito: sospechaba que algún nuevo amor lo entretenía y distraía del antiguo; pero no acertaba á fijarse en el objeto. Algunas ideas vagas solían asaltarle, acerca de lo que realmente pasaba: perdíase en un mar de conjeturas, y se extraviaba. Trató aprovechar la oportunidad que se le venía á las manos, y concibió la idea de insinuarse conmigo, y constituirme en espía de los pasos del capitán.

Frasquito, por su lado, aburrido y fastidiado de la madre, había declarado más de una vez, con buen éxito, sus pretensiones infames á la mayor de las hijas. Pensó que yo podría servir de instru-

mento en esta horrible abominación, si entraba en aquella casa de un modo que alejase toda sospecha de intriga ó connivencia.

Carlota, que veía en su madre una rival peligrosa, porque conocía la vehemencia de sus pasiones, contó con ganarme á su partido, y obligarme á concurrir á la realización de cualquier proyecto que intentase. Tal vez obraba de acuerdo con el capitán.

Refugio deseaba, por imitación, tener un amante. Me vió... y creyó amarme.

Con el transcurso del tiempo fué desarrollándose progresivamente este plan, que debía conducir á un desenlace tan terrible, el cual aun no ha terminado del todo. Hubo infames escenas de oprobio y envilecimiento: húbolas de muerte y carnicería: las hay, aún, de miseria y corrupción. Yo, que por desgracia también representé mi infausto papel, me estoy arrastrando en un hospital de leprosos. ¡Bendigo la justicia de Dios, que así me castiga!

El capitán vino luego á mi habitación.

—¿Estás contento? me preguntó.

—Lo estoy con cuanto usted quiera.

—¡Eh! Eres muy brusco.

—Me parece que respondo á la pregunta, y no hay motivo para amostazarse.

—Bien. Has visto cómo deseo que se

te trate en esta casa. Te toca, ahora, corresponder á las miras que me he propuesto, que todas redundarán en beneficio tuyo. Acuérdate que has sido un pilluelo, y que yo quiero hacer de tí un hombre cabal. Tu interés y el mío exigen, no lo olvides, la mayor reserva y precaución. Alguna vez te embarcarás conmigo, y haremos juntos un viaje; pero, por ahora, tienes que permanecer en tierra. He mentido en tu obsequio: algo harás por mí, ¿no es esto?

—Dígole á usted, y le repito, que estoy enteramente á sus órdenes: que soy suyo con toda mi alma; y que no pretendo hacer otra cosa, sino lo que me mande. El afán de mi vida será complacerle y sujetarme á su voluntad.

—Me gusta, y acepto tu resolución.

—Aunque quisiera, no podría evitarla: soy un pobre huérfano, abandonado....

—Dejemos eso á un lado, que no viene á cuento. Yo no sé qué casta de pájaro eres, ni intento averiguarlo. Creo que te sobran motivos que te obliguen á aplaudir mi discreción: si los hay, no quiero saberlos. Por ahora, sólo me interesa revelarte un secreto, para que te sirva de gobierno. Doña Esperanza es....

Y acercándoseme al oído, terminó la frase con una obscenidad indigna de repetirse, y que no dejó de sonrojarme, porque aun no estaba totalmente corrom-

El capitán, alzando la voz, prosiguió: pido, como sucedió andando el tiempo.

—Por lo que acabo de decirte, arreglarás tu conducta venidera. Verdad es que eres un niño; pero yo creo que has hecho ya un buen curso de picardías y travesuras, para no figurarme que en tu temprana edad estés iniciado en ciertos misterios, y versado en otros más. ¿Qué tal? ¿me equivoco?

Incliné la frente algo ruborizado; mas luego alcé la vista, miré fijamente á mi interlocutor, sonreíme, y perdí, al fin, la vergüenza. Satanás volvió á intervenir en mis pensamientos, sin duda, porque en aquel momento conociendo ó adivinando á dónde se dirigía la intriga, resolví seguirla maliciosamente en todos sus detalles, sin detenerme en ninguna consideración. ¡Ah, Dios mío, cuánto me ha pesado!

Frasquito me estrechó cordialmente la mano, y salió del aposento.

Aquella niña viva y graciosa, volvió á presentarse á mi imaginación. Largo tiempo ocupó mis pensamientos, y cuando, á la hora de comer, la ví otra vez, me pareció más bella y hechicera. ¡Quién lo creyera! Yo comenzaba á amarla; pero ¿cómo podré explicarlo? La amaba, no con ese afecto tierno é inocente que pudiera emplear un niño de doce años apenas, de un corazón puro y virginal,

sino con esa especie de frenesí malicioso y apasionado, con que un libertino, un niño corrompido y diabólico, pudiera acercarse á un objeto que lo atrajese. Si la semilla era mala, el terreno en que había de sembrarse y germinar era peor, y los frutos, naturalmente, debían de ser pésimos y detestables. Este es el curso de las cosas. Pensaba, á mis solas, que supuesta la declaración franca é ingenua del capitán, no debía tener sobre mí las plausibles miras de que se gloriaba. En efecto, los precedentes de esta original situación en que me veía colocado, no se conformaban con los proyectos que ostentaba mi protector. En fin: yo me resigné á pasar por todo. ¿Qué podría hacer para evitarlo? Por otra parte, arrojado fuera de la sociedad por una serie de injusticias, había resuelto, de antemano, no ponerme en contacto con ella, sino para volverle mal por mal. Frasquito me preparaba el camino de la venganza: arrojeme en él, resuelto á atropellarlo todo, sin exceptuar á mi nuevo guía. El último destello de mi inocencia había desaparecido. Acababase ¡ay de mí!, harto temprano aquella existencia mágica, para comenzar otra formidable, extraña..., en fin, una existencia excepcional.

Presentóse luego otro personaje.
Era el maestro escogido por Frasquito

para darme las primeras nociones de álgebra, geografía, historia y lengua inglesa, en todo lo cual, sea dicho de paso, hice notables progresos, sin embargo de que esto no entraba en las miras y cálculos del capitán, para quien era indiferente que aprendiese ó dejase de aprender. Bastábale que maestro y discípulo sostuviésemos las apariencias.

Las tres señoras y yo permanecíamos en la sala, cuando entró el pedagogo. Saludó, y su saludo fué correspondido con la mayor cortesía. Sólo que yo me figuré que Carlota y el recién-venido habían cruzado una mirada de inteligencia. Procedió éste, en seguida, á hacerme un ligero examen sobre mis conocimientos primarios. Poco era lo que había olvidado de cuanto me enseñaron en tiempos más felices. El maestro significó su satisfacción, haciendo un largo elogio de mi capacidad y recursos mentales. Díjonus que esperaba hacer de mí un hombre cabal, pues pronosticaba que mis adelantos serían rápidos. Yo estaba abismado en un mar de cavilaciones. Aquel hombre grave, de edad propecta, vestido de negro á la rigurosa, ocultos los ojos detrás de unas gafas cuyos vidrios eran de un azul obscuro... me parecía haberle visto en otra parte. Su voz hacía en mi oído mucha impresión; pero nada pude

adelantar en mis conjeturas. Tan perfecto era el disfraz.

Al día siguiente, volvió, y quedamos solos.

MI sorpresa fué extraordinaria al reconocer á nuestro amo Genaro Chiabrera, el contra maestre italiano de la "Invisible," explicándose en español correcto y elegante. Signifíqueme mi admiración, y roguéme me aclarase aquel misterio, que me hacía concebir vehementes pero vagas sospechas. Impúsome silencio, ofreciendo disipar mis dudas más adelante, y encargándome la mayor circunspección delante del capitán.

—El no puede concebir, añadió, que hayas dejado de conocerme, aunque en nada me parezca en tierra al contra maestre de á bordo. Pero si no te pregunta, nada le digas. Cuidado con olvidar esta advertencia, que en ello te va mucho más de lo que pudieras creer. Yo... soy su esclavo, le debo la vida dos veces, y ni quiero ni puedo hacer otra cosa que obedecer ciegamente su voluntad. Algún día, si fueses de los nuestros dejándote llevar de un generoso agradecimiento, sabrás todos estos pormenores, que, por hoy, te conviene ignorar. Basta que entiendas, para tu gobierno, que el capitán pretende acomodarte á sus miras, formar de tí un malvado en toda regla, y....., siento confesarlo, pero él

cuenta conmigo para lograr su objeto. ¡Silencio! Vive prevenido, y sigue, en lo que puedas, los impulsos de tu corazón; pero ¡infeliz de tí, si Frasquito llegase á sospechar de tu lealtad!

—Sr. italiano, repuse: yo haré de grado cuanto se me pretenda exigir por fuerza. Sin embargo, esto que se hace conmigo no está bueno.

—La razón: sería muy curioso el oírlo de tu boca.

—Mire usted, señor Chiabrera: si se quiere emplear la fuerza, es muy posible que mude de intención, y deje de hacer lo que hago voluntariamente.

—¿Y de qué medios te valdrías?

—Eso, yo me lo sé: gritaría de un modo que me oyesen hasta los sordos. A buenas, todo. Por mal, nada.

—¡Miserable criatura! ¿qué lograrías con tu resistencia?

—Luchar y esforzarme á romper mis cadenas. Esto sería bastante: lo demás me lo reservo.

—¡Pobre niño! apelarías á los hombres, y recibirías un funesto desengaño.

—Apelaré á Dios.

—Nadie puede oponerse á los designios de Dios; y si la justicia de Dios te ha condenado á seguir nuestro hado, feliz ó infausto, nada evitarías.

—Dura suerte, por cierto, es la mía.

—Duros y formidables son los decre-

tos del destino. ¿Querías volver á la vagancia? ¿Te has olvidado, tan pronto, que el capitán Frasquito te encontró ejercitado en el oficio de pillo, robando por las calles, y hecho una miseria?

—Tiene usted razón, dije después de haber meditado dos ó tres minutos. Tiene usted razón. Me conformaré, porque no me queda otro recurso. Al cabo, yo he hecho firme propósito de someterme ciegamente á la voluntad del capitán, á quien debo el haberme librado de manos de la justicia en la plaza de San Antonio.

—Y sobre todo, tus designios en nada son contrariaos.

—Es verdad. Yo soy un impertinente, porque me alarmo sin motivo. ¡Cualquiera creería que soy un niño immaculado!

El italiano sonrió melancólicamente.

Pidióme en seguida le refriese mis aventuras. Oyó mi relación, y guardó silencio. (1)

Pasaron dos años. La asiduidad del maestro solía interrumpirse cuando Fras-

(1) Los apuntes de Regino, en esta parte de su cartera, parece que están interrumpidos. Por lo menos, desde el párrafo anterior al siguiente, median nueve fojas, cuya escritura se encuentra testada en tales términos, que no ha podido descifrarse. El lector inferirá lo que ellas contendrían.

quito estaba en Málaga. Consistía, según supe después, en que entonces se encargaba del mando de la "Invisible," é iba á alguna expedición peligrosa, de las muchas que emprendía aquel famoso contrabandista.

Amante declarado de Refugio, confidente de Frasquito, espía de Doña Esperanza, y cómplice de Carlota, mi situación era crítica y comprometida. Era aquella casa un foco horrible de lascivia, y parecía que todos sus moradores estaban predestinados á una muerte eterna, y obraban en consecuencia. Dirélo una vez por todas: yo vivía en un infame lupanar.

La escena que voy á referir, pasaba en la sala, á las ocho de la noche.

Doña Esperanza, triste y abatida, recostada en un sofá, jugaba con aire de indiferencia la suave piel de un falderillo. Carlota leía, junto á un velón, las "Aventuras del baroncito de Faublas," producción lúbrica y corruptora. Refugio y yo conversábamos, en un ángulo de la pieza. Las personas del servicio doméstico, como lo tenían de costumbre, dormían fuera de casa. Llovía á cántaros, y la calle estaba desierta y solitaria.

—¡Oh, Dios mío! exclamó de repente la desgraciada señora. Esto es ya insupportable. Voy á consumirme en una ver-

gonzosa vejez, que llega á paso largo... Me he olvidado de todo por amor á ese monstruo, y él.... ¡ah!, el infame y desleal ha emponzoñado mi existencia.

Y comenzó á llorar amargamente. Era la primera vez que yo le veía hacer demostraciones de esta especie. Carlota alzó la vista con desdén compasivo, la fijó un momento sobre su madre, y...., luego continuó su lectura.

—Tú me miras con aire de triunfo, hija desnaturalizada, prosiguió Doña Esperanza. Algún día, vil prostituta, lo has de llorar con lágrimas de sangre. ¿Crees que la juventud, las gracias y la belleza son perdurables, y que jamás perecen? Embriagada con los placeres, parécete el mundo un paraíso en donde nada se sufre, nada atormenta... Lo mismo, exactamente lo mismo, había yo creído por mucho tiempo. Dejéme llevar de la corriente; y cuando menos lo esperaba, cuando más encenegada me encontraba en los vicios y en la sensualidad, he venido á recibir un funesto desengaño.

Carlota lanzó una estrepitosa risotada.

—¡Qué castigo, Dios mío, qué castigo tan humillante y afrentoso! continuó. Me veo obligada á presenciar mi afrenta, á saber que una hija mía es cómplice en ella, y á pasar en silencio, so pena de ir por las calles implorando la compasión pública, mendigar mi diario sustento, ó

morir en un santo hospital de pobres recogidas....

Refugio y yo interrumpimos nuestro diálogo, guardando el más profundo y sombrío silencio. Carlota prosiguió en su risa imprudente é insultante. La pobre señora continuó en sus quejas y lamentos.

—Sí: haces bien. Yo no tengo derecho á exigir de mis hijas, respeto ni obediencia. A todo he renunciado, dándoles yo misma el funesto ejemplo.... ¡Virtud, virtud preciosa, sólo tú puedes consolar al hombre en su desgracia!

—Madre mía, interrumpió Carlota: ese arrepentimiento, la verdad sea dicha, es tan tardío, que raya en ridículo. El despecho, no más que el despecho, la hace á usted explicarse así, inculcando gratuitamente á una de sus hijas: digo, si se refiere usted á mí, como parece.

Doña Esperanza se rebullía en el sofá, temblando de furor y desesperación.

—Hija maldita, gritó: ¿hasta qué punto quieres llevar el ultraje y el menosprecio? Mira, desventurada: tú no sabes de lo que soy capaz en la exaltación de las pasiones. En un momento de ira, yo me atrevería....

—A todo, señora, á todo: lo sé muy bien, ni es posible que lo haya olvidado tan fácilmente, aunque usted no ha vuelto á hablar sobre el particular.

—¡ Me provocas! Sábetete que...

—No se canse usted, madre mía, todo lo sé. Sé, por ejemplo, que arrebatada de sus pasiones, que jamás ha sabido usted refrenar, ha incurrido usted en los mayores y más vituperables excesos. Dígalo mi malaventurado padre que....

—¡ Ah! ¡ He allí, infeliz criatura, he allí tu sentencia! gritó Doña Esperanza, rechinando los dientes de cólera y furor. Lanzóse como una exhalación sobre su descuidada hija, asíóla fuertemente con la mano izquierda, y con la derecha descargó en el pecho una tremenda puñalada. Tan rápida fué la acción, que no hubo tiempo de evitarla.

En ese instante, abrióse la puerta de la sala, y Frasquito se presentó como una visión infernal. Nadie lo esperaba aquella noche.

Doña Esperanza retrocedió á su aspecto.

Con una sola ojeada, el capitán se enteró de lo que acababa de ocurrir. Abalanzóse sobre la agresora, y comenzó entre ambos una lucha á muerte, en la que me fué imposible intervenir, azorado del suceso. Pocos minutos duró aquella espantosa escena: la fuerza hercúlea de Frasquito triunfó de la agilidad y destreza de su enemiga. La punta del puñal que hirió á la hija, fué á clavarse en el corazón de la madre. La desventurada

espiró al punto, cayendo sobre las baldosas del pavimento.

—¡¡ Mi esposo, mi esposo.... ¡ ah!,... Jesús me valga... esposo mío... estás vengado!!! Fueron sus postreras palabras.

.....

.....
Había sido tan extraordinario, tan inesperado lo que acababa de ocurrir, que no sabía qué partido adoptar. La herida de Carlota no parecía mortal: el golpe había sido descargado en medio de un ciego arrebató, y el pulso, mal seguro, no había sido bien dirigido. Entre tanto, mi consternación no podía explicarse. Refugio, desmayada desde el momento en que vió el ademán de la madre, y la hoja del puñal que lució en su mano, ignoraba cuanto después había ocurrido. ¡Qué noche, Dios mío, qué noche!!

Después de vendar ligeramente la herida de Carlota, tomóme de la mano el capitán, llevóme á un rincón, y, trémulo y alterado, me dijo.

—Ya lo ves: esta desgracia no tiene remedio.

—Estoy casi muerto. ¿Qué haremos?

—Tal vez, tú has cooperado á ella más de lo que piensas.

—¿Yo?

—Sí, tú, imprudente y temerario.

—¿Cómo puede ser esto?

—¿Cómo? Después lo comprenderás. Basta que sepas, por hoy, que tu imprudencia y falta de cordura, mejor diré, tu mala intención, hizo que esa desventurada, que ves nadar en su propia sangre, penetrase mi secreto, y....

—No: permítame, por la Virgen, que rechace tan grosera calumnia. Yo ¿cómo había de figurarme....? ¡Vamos! Esta catástrofe....

—Calla, necio, calla, y no perdamos el tiempo.

—No: es que yo no quiero que semejante concepto....

—Bien, bien: ahora no se trata de eso. Lugar sobra para que arreglemos entre los dos este asunto, de modo que ambos quedemos satisfechos.

—Me conformo.

—¡Rigor fuera! Lo que interesa hoy, la exigencia del momento, es librar el pellejo, porque ni tú, ni yo escaparemos de la horca, si cuando llegue este suceso á oídos de la justicia, no hemos puesto tierra, ó mejor, agua de por medio.

Reflexioné un momento, y conocí que le sobraba razón en cuanto había dicho, y mucho más en lo último.

—Pues bien, dije entonces, mande usted, que ya obedezco.

—Toma este silbato: corre por esta callejuela de la izquierda, y no te detengas hasta dar en la playa. A poca distancia,

verás una pequeña chalupa. Al llegar, no te olvides: tocas el silbato tres veces, una en pos de otra, sin interrupción: ¿me comprendes? La chalupa pegará á la orilla, nuestro amo Genaro se hallará á bordo, dirígete á él en secreto, y dile que de orden mía se encamine á este sitio en tu compañía. ¿Me entiendes? Corre, vuela, que el tiempo urge. ¡Cuidado con equivocarte, porque seremos perdidos!

—¿Y Refugio?

—Deja á Refugio, que está buena; no te detengas, si no quieres perderte, porque estamos muy próximos á la soga, ¡voto va!

La razón me hizo fuerza, y corrí á ejecutar las órdenes del capitán. Media hora después, estaba yo de vuelta, en unión del contra-maestre, quien, con la mayor indiferencia y sangre fría, echó una ligera mirada sobre aquel terrible espectáculo, como si fuese el que había ocurrido, un suceso demasiado común.

Mientras dictaba sus providencias, el capitán me ordenó que echándome á cuestras á Refugio, que seguía desmayada, fuese á esperarlos á la playa. Abrió las gavetas de un armario, me llenó los bolsillos de monedas de oro y varias alhajas preciosas. Partí con cuanta rapidez me fué posible, al través de la más densa obscuridad. El capitán y nuestro amo

Genaro quedaron encerrados en aquella casa abominable.

Ya cerca de llegar al punto de mi destino, sentí un ligero rumor. Me detuve. Un farolillo brilló á mis ojos, y conocí que era la ronda, que venía precisamente por la calle misma que yo iba siguiendo. Comprendí lo crítico de mi situación, y retrocedí. El farolillo parecía perseguirme: no bien cruzaba por una esquina para tomar otra calle que, sin alejarme mucho, me libraba de aquel compromiso, cuando el farolillo se presentaba, y venía en pos. Echaba á andar de nuevo, atravesaba calles y más calles, y el farolillo firme y tenaz en perseguirme. ¡Ah, Dios mío! Comenzaba á fatigarme demasiado con el peso, mis angustias crecían, mis temores se redoblaban, y, ¡ay de mí!, siempre el farolillo, y otra, y otra vez el farolillo.

Tres horas mortales sufrí aquella horrible persecución. Por fin, desapareció la ronda. Más muerto que vivo, logré subir al atrio de una iglesia, y en un rincón bien resguardado tendí á aquella infeliz criatura que llevaba. Al sentir su respiración tan tenue, y su pulso tan débil, creí que había tocado ya á su término, y que iba á espirar al punto. Entre tanto, yo me había desorientado en lo absoluto, é ignoraba en qué punto de la población me hallaba actualmente.

Aplicaba el oído... nada, ¡oh Dios mío!: ¡qué momentos tan pavorosos! Las horas pasaban, Refugio se moría.... Yo, solo, confuso, desalentado, temeroso de ser descubierto por la justicia, rendido al peso de la fatiga, viendo allá en mi imaginación las lívidas y desencajadas facciones de la pobre señora muerta á puñaladas... ¡ah!, me hallaba sumido en la mayor congoja y desolación. ¿Qué podía yo hacer en semejante trance? ¿qué partido elegir? ¡Válgame Dios! Hay ciertos momentos en la vida, que no es posible denominarlos con exactitud. Parece difícil que en el infierno se sufra más.

Reagravábase el mal de momento en momento. Los primeros reflejos de la aurora comenzaban á arrebolar el oriente. Refugio fué volviendo en sí por fortuna; y enterada de nuestra peligrosa situación, podía iluminarme con sus consejos. Sin entrar en pormenores, omitiendo muchas circunstancias, y desfigurando otras, pinte el suceso ocurrido: horrorizóse la infeliz, pero conoció que no debíamos malograr aquellos pocos instantes en inútiles lamentos. Apoyóse de mi brazo, y procurando caminar con paso firme y rostro sereno, emprendimos buscar la perdida playa. Era ya de día cuando llegamos al embarcadero, en que yo había visto la chalupa, que era nuestra única esperanza de salvación. ¿Quién

podrá pintar nuestro dolor y angustia, al encontrarnos sin vestigio alguno del esquite que buscábamos? Intentar volver á la casa, habría sido una locura que al más insensato no le habría ocurrido.

—Bien, dije entonces á Refugio, finge que eres mi hermana, y con faz serena siguiente, y salgamos al campo. Si la policía diere con nosotros, paciencia. Es más fácil evitarla así, que cometiendo la imprudencia de permanecer en la ciudad.

—Me parece bien tu proyecto. Haré de la necesidad virtud: fingiré todo lo posible.

Y echamos á andar, sin precipitación. Mis bolsillos estaban suficientemente provistos; pero eso mismo podía perjudicarnos, tomándonos por ladrones. Ningún accidente nos ocurrió, sin embargo, hasta el pueblo inmediato, á donde llegamos á las nueve de la mañana. Alojámonos en un mal mesón, y después de almorzar, pensamos en dormir y reparar nuestras fuerzas con un buen sueño.

Imposible: mi espíritu estaba tan agobiado bajo el recuerdo de los sucesos de la última noche, que, por más esfuerzos que hice, no pude reposar. Además, yo me figuraba que nos perseguían, y por todas partes veía la sangrienta imagen de Doña Esperanza.

A la hora de comer escuchamos de boca de unos arrieros, la horrorosa historia

del asesinato de la víspera. Decían que la justicia había comenzado á trabajar con la mayor actividad, á fin de descubrir el autor ó autores de aquel delito. Y lo que más nos alarmó y causó pavor, fué el oírles hacer una descripción, conforme la habían oído en Málaga, de todos y cada uno de los individuos que habitaban la casa, teatro del crimen, y de las personas que la frecuentaban, inclusive el italiano Chiabrera, á quien principalmente se atribuía el hecho, pues que se juzgaba que el capitán Frasquito estaba en la mar todavía. La infeliz Refugio oyó tales improperios contra su difunta madre, que creí fuese á ocurrir algún lance que nos comprometiese. Pero no: el peligro la hizo discreta, y disimuló perfectamente.

Como errábamos á la ventura, y esto podría acarrear nos graves inconvenientes, resolvimos adoptar un plan que nos condujese á un solo objeto, y que nos evitase el incurrir en alguna contradicción peligrosa. Acordamos, pues, dirigirnos á Granada, en donde vivía un tío de Refugio, hermano de su madre, y que la había querido mucho cuando era muy niña. El paso no dejaba de ser temerario; pero en fin, cualquiera otro hubiera sido peor.

En efecto llegamos á Granada el día siguiente, y nos presentamos al tío.

El relato que hizo Refugio, sin escasear los elogios en favor mío, le causó una emoción profunda. Conoció el riesgo á que estaba expuesta su sobrina si se llegaba á descubrir su paradero, y tomó la resolución de ocultarla á las miradas de todo el mundo. Bien podía hacerlo sin comprometerse: tenía una quinta cercana, era un solterón sin familia, y poseía una fortuna muy decente, resto de otra mayor que perdió, casi del todo, cuando la invasión de los franceses.

—En cuanto á usted, caballero, dijo dirigiéndose á mí, bien puede estarse en casa, mientras logra alejarse sin temor. Yo creo cuanto me ha dicho mi sobrina, aunque no me hace mucha gracia esa especie de haberle entregado su padre en manos del infame corruptor de mi hermana.

Tentado estuve de confesarle la verdad pura y limpia; pero me detuvo la consideración de que Refugio, engañada por Frasquito lo mismo que su madre y hermana, podían sospechar alguna cosa contra mí, y resfriarse en su amor. Sostuve, pues, el engaño, y resolví captarme la benevolencia y el cariño de aquel buen señor, á fin de que no pensase más en separarnos. Tan bien supe fingir, que el tío de Refugio creyó ver en mí un hermano de su sobrina, resuelto á sacrificarse por él y por ella, en cualquiera cir-

cunstancia. Pocos días bastaron para apoderarme de su confianza, y reinar en su corazón con absoluto dominio. ¡A tal grado de refinamiento había yo llegado en la maldad!

Ocho meses transcurrieron así. En todo ese tiempo, nada habíamos sabido de lo que pasaba en el asunto de Doña Esperanza. El indignadísimo hermano guardaba sobre esto una circunspección tal, que ni el nombre de la hermana era proferido. Entretanto, yo proseguía preso en mis infames cadenas, y al fin... al fin, Refugio llegó á ser madre.

¡Ay de mí! ¿Qué hubiera contestado á los cargos que su tío me habría hecho? Yo temblaba de miedo y de vergüenza. No había más recurso que abandonar aquella casa hospitalaria, y pagar con una infamia al dueño de ella, porque así lo exigía la fatalidad de mi destino. Tanto bondad, tantos favores y beneficios, preciso era olvidarlos. No hubo remedio: concertamos nuestra fuga muy detenidamente.

Al efecto nos pusimos de acuerdo con un buhonero, que solía venir á casa á vender sus dijes y chucherías. Era hombre atrevido y emprendedor, y había intervenido en más de un negocio grave y complicado, de la naturaleza del que hoy iba á ocuparle. Yo conservaba cuidadosamente mis fondos, y me hallaba posee-

dor de una gruesa suma de ducados; pero como éramos tan jóvenes, parecía imposible presentarnos en el mundo con un carácter independiente. Al punto habríamos llamado la atención pública, y éramos perdidos sin remedio. El buhonero, pues, se encargó de representar el papel de padre de familia.

El plan surtió efecto, y atravesando gran parte de la España, llegamos á Santander sin novedad. Allí dió á luz Refugio una niña que murió al punto. ¡Madre infeliz!; ¿qué mayor castigo, que malograr el fruto de su crimen? Lloramos amargamente, y proyectamos abandonar nuestra patria para distraer la pena ó tal vez para buscar nuevas aventuras. El buhonero no halló cosa que se conformase mejor con su gusto y afición. Así fué, que al punto se encargó de los preparativos del viaje. A los pocos días, ¡ay de mí!, dejamos para siempre la patria de nuestros abuelos, embarcándonos en el bergantín "Jovial," que de Santander hacía viaje á la Habana.

Volví, pues, á surcar las olas. A pesar de las amarguras de mi espíritu, yo sentí que se dilataba mi corazón, que latía con más libertad, que mis emociones eran más vivas, y más ardientes y apasionados mis afectos. ¿Qué hay después de Dios, tan grande como el mar? A veces lloraba melancólicamente: otras reía

como un insensato: otras, en fin, quedaba distraído vagando con mi imaginación en el insondable abismo de las hipótesis. ¿Cuándo no fué lo mismo la vida del hombre? De ilusión en ilusión, de esperanza en esperanza, consume su existencia y..... cuando menos lo espera.... ¡oh!, esto es horrible.

La navegación fué felicísima. Ni el más leve indicio de mal tiempo vino una sola vez á interrumpir nuestros cálculos y conjeturas. La atmósfera siempre hermosa y serena, anunciaba cada día que nada tendríamos que temer de la turbación de los elementos. El mal que nos sobreviniese había de provenir de la malicia é indigna condición de muchos de nuestros semejantes. Es decir, que el signo funesto que influía sobre mi existencia, casi desde que aun era mecido en la cuna, vendría en fin á torcer la dirección de mis esperanzas. Si yo hubiera logrado aportar á la Habana sin obstáculo ninguno, estoy de ello seguro, hoy sería otro hombre. Mi conducta moderada, mi instrucción más que mediana, mi firme propósito de mudar de vida, dirélo sin orgullo, mi buena inclinación é índole suave y apasible; todo esto me habría hecho estimable, y á tiempo hubiera cerrado el ancho camino que llevaba á la perdición. El cielo no lo quiso así: mi suerte estaba prefijada en el gran libro